

Creació Literària

OLGA LUCAS*

Venturas y desventuras de una seductora involuntaria

Érase una vez que se era... No. ¡Qué va! Esto no es una historia inventada. Ni siquiera es una historia. Es sólo el fruto de mi inefable y morbosa curiosidad, de mis ansias tan reprobables como irresistibles de husmear en diarios ajenos.

Llevo años pagando elevadas sumas a numerosos psiquiatras intentando curar tan fea costumbre, y..., nada. Hasta ahora, todos los tratamientos se han revelado ineficaces, todos mis intentos infructuosos. No sólo no me curo, ni siquiera hemos logrado averiguar la causa inconsciente de semejante conducta, de mi irresistible deseo por saber qué piensan realmente los demás cuando están solos, cómo son sus otras vidas y qué esconden tras lágrimas y sonrisas públicas.

Claro que, en este caso, existe un atenuante: todos mis amigos habían pasado por su cama y todos hablaban bien de ella. Ella, en cambio, prefería no hablar de ellos. Tenía fama de atractiva y seductora, pero, al conocerla de cerca, comprobé que era cierto, que, realmente, no movía un dedo por conquistar a nadie. Decía, y parecía sincera, que no valía la pena tanto esfuerzo para tan poca cosa, que el mercado estaba muy mal y que no quedaba nada digno de ser seducido. Y decía «nada», en lugar de «nadie», con todo el desdén que implica. ¿Cómo lo hacía pues? ¿Cómo conseguía tenerlos tan contentos sin esfuerzo alguno? Mientras nosotras nos «currábamos» la noche, con el triste resultado, la mayoría de las veces, de acabar durmiendo solas, ella, sin salir de casa, sin gastar un céntimo, tenía incluso lista de espera.

Compréndanlo, estas cosas tientan a cualquiera. No tuve otro remedio. Me vi literalmente obligada a ello y, ahora me veo literalmente obligada, por el bien de mis congéneres, a publicar algunas de aquellas páginas robadas, unas en verso, otras en prosa, pero todas ellas aleccionadoras porque, a la hora de seducir o dejarnos seducir, no olvidemos que muchos son así:

* Escritora

Los OKUPAmujeres

Muchos son así.
 Llegan y se instalan.
 Comen, beben, conversan, gesticulan.
 Se explayan.
 No se ocupan de ti, te ocupan a ti.
 Okupan tu cuerpo,
 como si de una casa vacía se tratara.
 Okupan tu mente,
 con descaro,
 como hormigas legionarias,
 como la marabunta.

Te roban la soledad
 y no acompañan.

Ella lo tenía claro porque en su diario encontré la siguiente nota marginal:

«¡Qué tíos! Seducen porque son unos ladrones de soledad. Y, además cobardes. Claro, si protestas, se marchan. Si se marchan, llega otro okupa y es peor. Si callas, se quedan, pero tú también quedas atrapada. Eso también es peor. Y si hay desalojo, habrá violencia. Sin duda, será peor. Siempre es peor. Pero ¡no! Mi soledad de mujer moderna, libre, emancipada y, por ello, terriblemente cansada, mi soledad, repito, no está en venta. ¡Que se enteren! ¡Que se enteren y líbrame, señor de los okupas modernos que de los clásicos, de los de siempre, ya me libro yo!»

Sí, señora, firmeza y resolución. Sin embargo, no todo estaba así de claro. Páginas como ésta reflejan serias dudas acerca de temas tan vitales como, por ejemplo, la importancia de la lencería fina en el arte de seducir.

LA LUNA Y LAS BRAGUITAS

La luna llena pobló mi noche de sueños eróticos. Es comprensible que no hiciera caso de los despertadores y no precisamente por este odioso síndrome de fatiga crónica que me aqueja. ¡Qué va! Fue por no salir de los sueños, por prolongar al máximo la noche fantástica.

Allá a las diez de la mañana la razón y el sentido del deber lograron imponerse. Me levanté, y aunque lo hice con mucho pesar, pronto encontré consuelo al percatarme de que era martes. Martes y con visita prometida. ¡Perfecto! No

tardaría en realizar parte de mis sueños nocturnos. Al evocar su ternura y suavidad, me conmoví.

De pronto, recordé que hace tiempo me fueron regaladas unas de esas braguitas monas, cursis, de tacto sedoso y con muchas puntillas. Un regalo medio en broma, medio en serio. Para ligar, se me dijo. No las había usado hasta ahora por dos motivos:

Primero: me resultan algo incómodas, desde luego, menos confortables que las normalitas de uso habitual.

Segundo: como no iban acompañadas del folleto de instrucciones necesario para su utilización adecuada, desde entonces, mis dudas sobre su uso permanecen sin despejar.

Si me hubieran regalado un estuche con siete braguitas para ligar, lo tendría más claro, pero ¿cómo se procede con unas solamente? ¿Se supone que el día que las llevo puestas debo ligar a toda costa para lucirlas? ¿Las debo llevar siempre en el bolso y el día que ligo, en un momento oportuno, debo ir al lavabo a cambiarme de bragas antes de proseguir? ¿Debo hacer lo que Isabel la Católica con su camiseta o, por el contrario, se espera de mí que las lave todas las noches a mano en lugar de incluirlas en la colada semanal? Tanta pregunta sin respuesta tuvo como resultado que la monería quedara aparcada hasta hoy.

Hoy, al pensar en él, mis dudas se esfumaron. Toda ufana, casi orgullosa, vestí mi pubis de puntillitas y tela sedosa, amén de ducharme, hidratarme la piel, cambiar la ropa de la cama y preparar una cena succulenta. Tras estos preparativos de amante perfecta, me senté a esperar relajadita. Elegí la Sinfonía Fantástica de Berlioz como música apropiada para una tarde-velada que se anunciaba fantástica. Y, en efecto, lo fue: sólo existió en mi fantasía.

EPÍLOGO

La visita no tuvo lugar y mis dudas sobre el uso de las braguitas con puntillas y tacto sedoso han salido reforzadas.

Efectivamente, estas reflexiones escritas durante la larga espera de un plantón, justificado todo hay que decirlo, pero plantón al fin y al cabo, ni destacan ni aclaran suficientemente el importantísimo papel de la lencería fina en el arte de seducir. Como tampoco nos sacan de dudas estas páginas sobre un tema tan importante y sagrado como el matrimonio y tan fácil de confundir con otro término muy parecido: «patrimonio».

UN AVISO DEL DESTINO

Hoy han pedido mi mano. Naturalmente, estoy muy dispuesta a entregarla, la mano y mucho más, pero mi futuro quinto esposo, al enterarse de mi curriculum, sugiere que me lo piense bien antes de dar el paso. ¡Vaya tontería! Todos sabemos como es esto: el que lo piensa no se casa y el que se casa es que no lo pensó. Todos lo saben. Todos, menos el número cinco, claro. Ni lo sabe ni lo entiende. Al contrario, se asusta cuando se lo intento explicar. Le horroriza saber que, en mi dilatada experiencia, lo último que se me ha ocurrido antes de casarme, es pararme a pensar.

Si hasta le cambió el semblante cuando le confesé mi ignorancia. Y lo hice con dulzura. Le tomé la mano, se la acaricié y le dije:

-Mira, yo nunca supe con exactitud para qué sirve un marido. Ninguna de mis cuatro experiencias matrimoniales me ha despejado la incógnita, pero esa ignorancia tampoco me impide contraer todas las nupcias que surjan en mi camino. Y continué: -No debe ser tan importante algo que ni se logra descifrar ni es necesario entender para vivirlo, sufrirlo, gozarlo, amarlo y aborrecerlo como hacemos todos con el matrimonio.

Ahí tuve que hacer un alto porque se quedó lívido, con la mirada extraviada. Llegué a temer por su salud. Un infarto, ahora, no, pensé. En un vano intento de infundirle tranquilidad y sosiego, le narré la historia de sus cuatro predecesores que tanto le intrigaba.

Mi primer marido era perfecto: un hombre culto, agradable, ponderado, cometido, ecuánime, juicioso, paciente y protector. Todo un compendio de virtudes. Era tan perfecto que hasta me ahorró los trámites del divorcio. Tuvo el detalle de morirse antes de que lo hiciera yo, abrumada y asfixiada por tanta perfección.

Me volví a casar. Huyendo de la perfección, esta vez lo hice con un golfo redomado. Me divertí mucho con él, es de justicia reconocerlo, pero me divierto mucho más ahora que la esposa es ella y yo soy la amante.

En cambio, mi tercer marido era un encanto: ni tan perfecto como el primero ni tan golfo como el segundo. Podía haber sido el marido ideal. Lástima que no lográramos subsanar su único fallo: era eyaculador precoz, realmente precoz. Empezó a los once años y llegó así al matrimonio. En atención a sus peculiares características, le acepté con ese fallo y asumí el compromiso de reeducarlo sexualmente. Ingenua de mí, creí que eso era posible, pero no resultó un discípulo aventajado. Se pelaba muchas clases y no aprobó el curso, claro. Le di otra oportunidad en septiembre y no resultó, incluso en la repesca de diciembre volvió a suspender. Los nervios y su alma sensible le jugaron una mala pasada. ¡Qué se le va a hacer!

Procuré tener en cuenta esta experiencia antes de casarme en cuartas nupcias. En esta ocasión, elegí a un ingeniero hidráulico, muy experto él en eleva-

ciones, bombeos, riegos y demás. Sin embargo, mis precauciones sólo sirvieron temporalmente. Al cabo de unos meses, un desgraciado accidente le dejó incapacitado para el ejercicio de su profesión y actividades afines. Afortunadamente, era hombre elegante y de gustos refinados. Cuando se vio con la sonda y la bolsita para el resto de sus días, decidió marcharse con su mamá. Sabía decisión. Madre no hay más que una y como la suya, ninguna. Con su exquisitez, me ahorró representar el ingrato papel de esposa dura, cruel y casquivana que abandona al marido a su suerte en el infortunio. Muy al contrario, aquí la víctima soy yo. Después del susto, del shock emocional, de los cuidados y noches de desvelos vigilando goteros y oxígeno, va y me abandona. ¡En fin, la vida es muy dura!

Muy dura debió parecerle al número cinco porque llegado a este punto del relato, tras un ligero mareo, sufrió una crisis de identidad. Dice que, al oírme, ha descubierto su condición de homosexual. Está confundido. No sabe si podrá, si estará a la altura y cosas parecidas. ¡Qué extraño!

¿Será un aviso del destino? No, si ya lo decía yo: el que lo piensa, no se casa.

¡Lástima que esto sean páginas robadas! Imposible aclarar o puntualizar con la autora algunos extremos. Pero se entiende la pregunta de para qué sirve un marido en la sociedad actual, sobre todo desde que se popularizaron los edredones nórdicos porque, gracias a ese maravilloso invento de los países gélidos, ya no se necesita un marido ni siquiera para calentarnos los pies en las frías noches de invierno.

Tal vez sea precisamente el edredón el causante del cambio de vida expresado en este otro texto:

ADIVINANZAS-TRABALENGUAS

Mi novio tiene una novia, pero
la novia de mi novio no sabe
que su novio tiene otra novia.

Para no ser menos,
me busqué otro novio.
La novia de este novio
tampoco sabe que
su novio tiene otra novia.

Yo amo a mi novio
y me divierto con mi otro novio.
Mi otro novio se divierte conmigo
y ama a su novia.
Mi novio se divierte con ambas
y a ninguna ama.

De pronto y sin buscarlo,
encuentro un tercer novio
cuya novia tampoco sabe
que su novio busca otra novia.

Mis novios con varias novias
no permiten que sus novias públicas
tengan otros novios; por eso no conocemos
a los novios de las novias de mis novios.

Y en esta absurda, pero certera
sencilla y enrevesada historia
de novios, novias, amores y diversiones,
¿sabe alguien quién es realmente
novio de quién
y quién se divierte con quién?
¿quién gana, quién pierde,
quién ríe y quién llora?

Tal vez todos, tal vez nadie.

Y colorín, colorado, aquí se acabaría este cuento si no fuera porque donde termina esta historia que no es historia, empiezan las preguntas que no tienen fin:

¿Quién seduce a quién? He aquí la cuestión. Leí hace poco que toda relación humana lo es de dominación y para ilustrar su teoría, el autor hacía referencia al beso; uno besa y otro pone la mejilla, decía. Puede ser. Yo no soy tan sabia, sólo me interrogo. ¿Seducimos? ¿Nos seducen? ¿Nos dejamos seducir a sabiendas o muy a pesar nuestro? ¿Queremos y podemos liberarnos del juego de la seducción y sus esclavitudes o, por el contrario, es la chispa, la sal y pimienta que adorna nuestras vidas cotidianas? Ustedes mismas.